

Hampton son, en "jazz", dos mundos diferentes. Hancock ha protagonizado en los 70 uno de los cambios más espectaculares del panorama musical; Hampton, por su parte, persiste en hacer lo suyo, lo de siempre. Ambos, por lo que se ha visto en San Sebastián, saben ganarse al público. A lo mejor a ellos les basta con eso. ■ JOSE RAMON RUBIO

Fusiones y ficciones

El verano musical europeo sigue bajo el signo del "jazz-rock". No sólo los festivales de "jazz" de mayor solera (Montreux, Antibes y... ¿San Sebastián?) dedican sesiones a este género híbrido, sino que los mismos nombres también aparecen en los programas de otros eventos con orientación rockera. En Francia, los organizadores de "Riviera 76" (24 y 25 de julio) prometían nada menos que "36 heures avec les plus grands du Jazz-Rock" y "Canet Roc" puede ser algo similar en versión catalana. Además está la gira conjunta de los principales representantes americanos de la integración del "jazz" y el "rock": en la jerga de los promotores de conciertos, un "paquete" formado por John McLaughlin, Larry Coryell, Weather Report, The Billy Cobham-George Duke Band y Herbie Hancock. Un gran cartel que permitiría escuchar en una misma noche a numerosos "poll-winner" de las elecciones de "Down Beat", la veterana revis-

ta que ahora propugna la denominación de "fusion music" para estas formas que se escapan de la ortodoxia del "jazz".

Hay que aclarar que los dos primeros artistas no llegaron a actuar en España. En el caso de McLaughlin, quizá haya que explicarlo por el mal sabor dejado por las visitas de las últimas ediciones de la Mahavishnu Orchestra. Tal vez en penitencia por los pasados excesos, el guitarrista británico ha formado un sexteto totalmente acústico. Hay ecos de los esquemas de la M. O. en los intercambios instrumentales y los solos frenéticos, pero los seis músicos de Shakti tocan en realidad música hindú; sentados sobre una alfombra y con expresión de iluminados, su entusiasmo es tan visible como el aburrimiento producido por lo repetitivo de su largo recital. Larry Coryell también vino en plan acústico y sin el respaldo de sus compinches de Eleventh House. Su "test" fue corto y comunicativo: tres o cuatro piezas intrincadas que resolvió felizmente gracias a su espléndida técnica.

Así pues, a Badalona llegó un "paquete" más homogéneo. Comencemos por el grupo más multirracial: Weather Report. En "Black Market", su última grabación, la música de W. R. parece estar peligrosamente comprimida y recargada; en directo, evitan ese encorsetamiento, pero Zawinul y Shorter dan la impresión de agotamiento creativo dejándose arrastrar por la sección de ritmo en la que destaca un impetuoso bajista llamado Jaco Pastorius. Por otra parte, abusan de las cintas pregrabadas, lo que supone una renuncia a la espontaneidad.

Tampoco hay demasiadas sorpresas con Herbie Hancock, que dirige una banda totalmente de color. Al igual que los líderes de Weather Report, Herbie se concentra en guiar a la música por unos cauces predeterminados, y parece más hastiado que otra cosa. Iba con suficiencia de unos teclados a otros, pero los solos de otros tiempos brillaban por su ausencia. Claro que el rollo actual de Hancock no es propicio a tales lujos: es "funk"- "jazz" convencional, diseñado para los pies más que para la cabeza. Y sus músicos lo hacen gloriosamente bien, con mención especial para Melvin Wah-Wah Watson, cuyas frases cortantes y agudas explican por qué es uno de los músicos de estudio más solicitados de Los Angeles.

Queda la banda de Billy Cobham y George Duke. Un cuarteto sólido que practica un "jazz"- "rock" ortodoxo, pero lleno de vigor. Cobham sigue castigando a la batería con fuerza diabólica, Duke ataca a los instrumentos de teclas con igual energía y Alphonso Johnson es otro bajista formidable. El cuarto miembro es un joven guitarrista blanco que, comprensiblemente, parece estar muy emocionado por tocar en semejante compañía.

A destacar finalmente que no hubo "jam sessions" ni colaboraciones espontáneas entre los músicos de un grupo y otro, a pesar de que muchos de ellos habían tocado juntos anteriormente. Tal parece que la élite del "jazz-rock" ha olvidado los placeres de improvisar y se halla encerrada en fórmulas rígidas y sin alegría. ■ DIEGO A. MANRIQUE.

intentado, desde principios de los años 70, aglutinar a una juventud que busca la libertad, que desdeña los convencionalismos y que desea, aunque sea por unas horas y en un recinto acotado, gritar, aplaudir y huir de todos los condicionantes políticos y sociales con los que se ha de enfrentar día a día fuera de esta reseva musical.

La experiencia de la isla de Wight animó a un grupo de catalanes de pro a intentar algo similar en el país. Las veinticuatro horas de música progresiva, celebradas en Granollers en 1970, supusieron un revulsivo y una concepción insólita en el tipo de festivales populacheros que imperaban hasta el momento. La experiencia se trasladó a Canet "sur mer", en el recinto cerrado de un palacio de deportes de la localidad. Pero no será hasta 1974 cuando las "Sis hores de la cançó" comienzan a despertar la atención. Es el año de las primeras octavillas, las primeras banderas catalanas, y del escaso número de jóvenes que acudían a Canet, se pasa a la importante cifra de 15.000 personas. Canet 75, en época predemocrática, fue la culminación de esta concentración anual. Por primera vez el festival se celebra al aire libre, en el recinto del Pla d'en Sala, que alberga a 30.000 espectadores, y los gritos de libertad, la cerillas encendidas, las pancartas y las banderas salieron colectivamente a la luz de la noche. El clima llegó al máximo cuando Rafael Subirachs cantó "Els segadors", la identidad nacional surgió y los jóvenes se volcaron, corearon y agitaron sus "senyeras". El mito de la libertad y el ambiente político en las "Sis hores" acababa de nacer.

Este año, el permiso gubernativo para la celebración del festival tardó en llegar. Los organizadores lo tenían todo previsto, desde el alquiler del recinto por cinco años, hasta la construcción de taquillas, sanitarios y una gigantesca valla de hormigón de cuatro metros de altura para evitar los saltos de los avispados. Se rumoreaba que el "placet" para la celebración de las "Sis hores" no iba a producirse. La concentración de miles de personas despertaba sospechas entre la autoridad gubernativa, y más cuando estaba previsto que una de las columnas de la "Marxa de la libertad", que a trancaes y barrancas va cubriendo sus objetivos, llegaría el mismo día de la celebración del festival a Canet. La organización "pebrots" respiró tranquila el día 22 cuando recibió la autorización oficial. Inmediatamente, el "grup de joves"



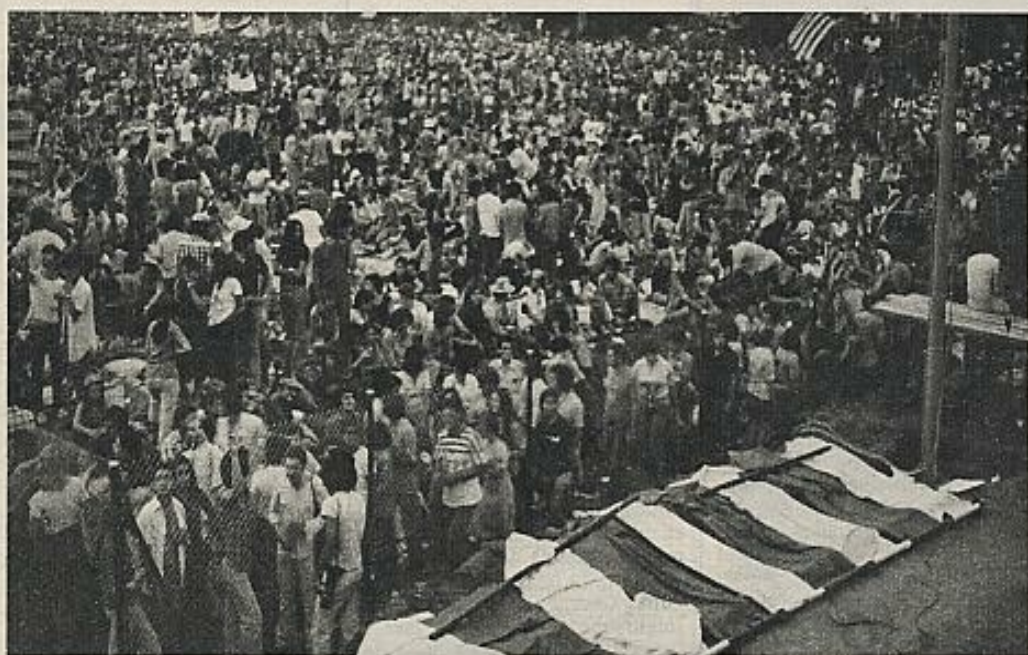
Weather Report: Manjares exóticos para un grupo en la encrucijada.

CANCION

"Sis hores de cançó catalana", en Canet

Sesenta y dos mil metros cuadrados para 60.000 espectadores en las "Sis hores de la cançó catalana", en Canet. Tal ha sido el balance de una audición musical y una concentración cívica que cada año roza más el terreno de lo político.

Canet de Mar, población costera del Maresme Catalán, ha



Sesenta mil espectadores en una concentración cívica que cada año roza más el terreno de lo político.

de Canet comenzó a preparar el montaje del bar, con el que piensan amortizar gastos en el futuro. Los "franfurts", los bocadillos y las bebidas se acabaron a las pocas horas de comenzado el festival; las expediciones al pueblo solventaron el problema y tranquilizaron a las largas colas que pacientemente suspiraban por un "entrepá".

Tenderetes de camisetas, de libros, de propaganda de los diferentes partidos políticos. Un grupo de disminuidos físicos llamaba la atención sobre su problema; las mujeres de Motor Ibérica vendían claveles, y los payeses, con sus trozos de sandía a 10 pesetas, acababan de crear un ambiente en el que el protagonista era el público que, desde primeras horas de la mañana, acudía a raudales por tren y carretera. El viernes ya se habían instalado algunas tiendas de "camping", minoría en el conjunto donde predominaba el saco de dormir para tenderse en el suelo.

En la entrada del recinto y en el pueblo, las Fuerzas del Orden vigilaban la riada humana.

El grupo Els Comediants amenizó los intervalos de concentración de los numerosos grupos que a Canet iban llegando. La suspensión del mitin central del 40 aniversario del PSUC convocó en Canet a desencantados viajeros que guardaron su pasaporte en el bolsillo y se dispusieron a escuchar unas horas de música catalana. Tal fue el caso de unos 2.000 madrileños y de varios centenares de valencianos que, derrochando buen humor y practicando aquello de a mal tiempo buena cara, exten-

dieron sus sacos de dormir en el Pla d'en Sala y se fotografiaron abundantemente ante una bandera roja del PSUC, como recuerdo de algo que no pudo ser.

A las diez de la noche, las "Sis hores" comenzaron. El grupo Coses abrió el fuego, fuego que se rompió a los pocos minutos por la falta de fluido eléctrico en el escenario. Inmediatamente, los potentes focos de las Fuerzas de Orden iluminaron la noche, y, tras una larga hora, alternada con "slogans", gritos y canciones del público, se restableció la luminotecnia. No es este el primer año que ocurre algo semejante, y los mal pensados imaginan que hay algún tipo de sabotaje detrás de las averías que, por lo menos, no cansaron al público que esperó pacientemente.

Los valencianos Al Tall impresionaron al auditorio. Pere Tàpies, con su estilo característico, fue uno de los cantantes que consiguió la mayor participación del público. Actuaron después Uc, La Trinca, Ramón Muntaner, María del Mar Bonet, Raimon, Ovidi Montllor y Francesc Pi de la Serra. La corrección predominó entre el público asistente, el fervor, el coreamiento general no se logró excesivamente, excepto en el caso de Pere Tàpies y de Raimon, pero todas las intervenciones fueron aplaudidas al máximo. 60.000 personas tendidas por el suelo, encaramadas en la valla, sopotando pisotones, estrecheces, no provocaron ningún incidente. De madrugada, las "Sis hores" habían acabado. La concentración cívico-musical-política, también. ■ JULIA LUZAN.

Campo de Criptana: dogma y ritual de un festival

Desde el año pasado se vienen celebrando en todas las regiones españolas festivales de canción popular, que tienen como loable objetivo el desmitificar el mundo de la música y el hacer que los intérpretes de la nueva canción de España tomen contacto directo con su público; sana reacción a los festivales de música ligera que se celebran todos los veranos en lugares turísticos, y cuyo único sentido es la mixtificación y cretinización, la corrupción del mismo concepto de "música popular" convertida en bazofia de consumo masivo.

La semana pasada tuve ocasión de asistir, en Campo de Criptana, a una reunión de intérpretes de "folk" que llegaron, a mi entender, a una relación espontánea y rápida con las mil y pico de personas que se habían reunido a escucharlos. Solventando todos los impedimentos que las fuerzas vivas —o fuerzas fósiles, estaría mejor dicho— del lugar pusieron en su camino, los organizadores consiguieron poner en pie un minifestival, limitado —por orden gubernativa— a menos de cuatro horas, durante las que actuaron La Fanega, Pablo Guerrero, Luis Pastor, Hilario Camacho, Palabras, Fernando Unsain, Alpataco y Taranto —un buen cantaor de flamenco—. Si bien la calidad de lo que se tocó fue buena, ninguno de los intérpretes presentó nada nuevo,

ni sorprendió con variación alguna dentro de su estilo o de su obra; en cualquier caso, no era eso lo que se pretendía.

El verdadero sentido del Festival de Campo de Criptana no fue musical; se trataba más bien de la representación de una ceremonia ritual, y algo trágica por lo que de elemento catártico tenía: sirvió para que los asistentes sintiesen la emoción de escuchar aquello que querían oír, y se identificasen plenamente, durante el tiempo que duraron las actuaciones, con la postura entre contestataria y testimonial de los intérpretes. Se pronunciaron los gritos de rigor —los mismos que se habían pronunciado ya en el Festival de los Pueblos Ibéricos, y se desplegaron pancartas de sentido restringido; una de ellas rezaba: "Toda la cultura para el pueblo"; otra testimoniaba la solidaridad de la juventud democrática de Toledo para con el pueblo de la Mancha. Cuando el festival terminó, a la hora prevista, hubo un conato de manifestación, pronto disuelta, y se realizaron algunas detenciones entre los asistentes.

Este tipo de festivales está cumpliendo un objetivo muy concreto: aglutinar al público que a ellos asiste, darle un sentido y una orientación común. Por otra parte, su excesiva ritualización y una función catártica de la que antes hablaba, pueden correr la espontaneidad libre que debería ser un ingrediente imprescindible para el buen funcionamiento de esta máquina, amén de una excusa para la tranquilidad de conciencia y el confort moral de los asistentes.

Cada vez es más aguda la conciencia de peligro que los festivales populares despiertan en los sectores más conservadores de la sociedad; como ya he dicho, el Festival de Campo de Criptana estuvo a punto de no llevarse a cabo, debido a las presiones que se ejercieron sobre los organizadores. Pero si este ejemplo no basta, hay otro: el cantante Pau Riba —un músico de "rock", alejado de lo que aquí se entiende vulgarmente por canción de protesta— acaba de ser multado con 200.000 pesetas, o arresto sustitutorio —lo que le puede suponer dos meses de cárcel— por haber gritado "Viva la Marcha" en un recital celebrado hace poco tiempo en Gerona. Este grito nada subversivo, y equivalente al "Viva el Rollo" de los "rockeros" madrileños, fue interpretado por las autoridades como una alusión a la "Marcha de la Libertad". El miedo engendra represión, y esta es más fuerte y más irracional cuanto mayor sea el miedo. ■ E. H. I.